

# RADICALISMO Y NUEVA IMAGEN DEL SOCIALISMO EN LOS AÑOS SETENTA: EL CASO VASCO\*

*Andrea Miccichè.*  
Universidad de Catania

En los últimos años del régimen de Franco, dentro del frente de oposición antifranquista, emergieron innumerables organizaciones políticas vinculadas a las mismas tradiciones ideológicas y que compitieron por los mismos espacios políticos. Se trataba de una situación de extrema fluidez y de caótica proliferación de la oferta política. Tras cuarenta años de dictadura, en el contexto de un proceso de transición hacia la democracia anómalo y complicado, en una atmósfera política condicionada por la presencia de una violencia política desestabilizadora y con una generación de jóvenes militantes y dirigentes políticos embebidos del radicalismo propio del post-sesenta y ocho, el debate ideológico se convirtió en uno de los principales terrenos en el que iban a medirse los partidos políticos.<sup>2</sup> En realidad, era el único campo, en esta primera fase, en el que se jugaba la liga entre los que pronto iban a ser agentes activos del proceso político que siguió a la muerte de Franco. La construcción de identidades reconocibles se convirtió en la empresa prioritaria y absolutamente decisiva para el éxito del propio proceso. Sólo después de las elecciones de 1977 el cuadro comenzó a simplificarse y la actividad política concreta se convirtió, como era lógico, en uno de los criterios sobre el que construir las estrategias de captación de consenso. Solo en aquel momento las definiciones de identidad asumieron una relevancia menor, poniendo en el centro del debate político los temas de la agenda y las distintas plataformas programáticas.

Sobre estas premisas, en este artículo recons-

truimos el proceso de reelaboración del discurso político del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) que se produjo a partir de los años setenta. En concreto, hablaremos de las implicaciones de este proceso en un ámbito específico, el vasco, donde la presencia del elemento nacionalista obligó a la nueva dirección socialista a encontrar fórmulas específicas, pero coherentes con los objetivos que el partido tenía a nivel estatal. Un contexto en el que la cuestión vasca era inseparable de la definición de una democracia completa, que el PSOE buscaba en toda España. Dado que, para entender el caso vasco, es necesario conocer bien el debate ideológico general en el que se movió el PSOE en los últimos años del franquismo y en la Transición, dedicaremos la primera parte del texto a esa cuestión, centrándonos después en cómo ese abandono del radicalismo afectó al socialismo vasco.

## *La renovación del PSOE en los años setenta*

La renovación del socialismo español fue consecuencia directa de un liderazgo joven y con iniciativa, que obtuvo el control del partido en el período comprendido entre el congreso de Toulouse (1972) y el de Suresnes (1974). Los elementos sobre los que se legitimó el nuevo liderazgo fueron fundamentalmente dos: la exigencia de restituir la dirección al interior del país y la apertura del diálogo con todas las fuerzas políticas de la oposición antifranquista, reduciendo el clásico prejuicio anticomunista, herencia directa de la Guerra Civil. Se trataba de poner remedio



Parlamentarios navarros del PSOE en las Cortes de 1977: Gabriel Urralburu y Julio García Pérez con el senador del PNV, Manuel Irujo

a la debilidad organizativa del PSOE, devolviendo al partido al centro de la actividad política del antifranquismo. Era una necesidad todavía más urgente en esta fase final del franquismo, debido a la proliferación dentro del país de sujetos vinculados a la tradición socialista, como el Partido Socialista del Interior de Enrique Tierno Galván (PSI, después Partido Socialista Popular) u otros grupos que se afirmaron a nivel regional y nacional y que después confluyeron en la Federación de Partidos Socialistas.<sup>3</sup>

La renovación del liderazgo y la redefinición de la identidad del partido fueron, desde el principio, caras diversas de la misma política. Por ello, Felipe González apareció a los ojos de importantes dirigentes socialistas, como Nicolás Redondo o Ramón Rubial, como el hombre adecuado para revitalizar la organización. La profunda divergencia que se creó entre la vieja dirección en el exilio, representada por Rodolfo Llopis, y este grupo de emergentes, se planteó enseguida como un conflicto generacional y de estrategia. Por una parte, aquel era un liderazgo inerte y todavía inmerso en las dinámicas de la posguerra civil; por otra, la nueva generación del interior estaba formada por un grupo de treinta y tantos, universitarios o jóvenes profesionales

que, a pesar de ser conscientes de la debilidad organizativa y política de PSOE, estaban convencidos de la necesidad de una renovación que regenerase el partido, sacándolo de la inercia en la que se encontraba. Era una situación denunciada en mayo de 1972 en un artículo anónimo (escrito en realidad por Alfonso Guerra) aparecido en *El Socialista* y titulado «Enfoques de la praxis», en el que se afirmaba la necesidad de una lucha dentro de la propia organización socialista contra aquellas estructuras que inutilizaban cada acción política eficaz.<sup>4</sup> El artículo tuvo un efecto desestabilizador sobre los equilibrios del partido y anticipó la escisión que, en breve, se haría realidad en el congreso de Toulouse en septiembre.<sup>5</sup> Por lo tanto, la renovación no coincidió únicamente con la emergencia de una nueva dirección (además de Felipe González y Alfonso Guerra estaban Enrique Múgica, Nicolás Redondo, Luis Yáñez, Guillermo Galeote, Pablo Castellano, Francisco Bustelo, Txiki Benegas, Agustín González, Juan Iglesias), sino que también lo hizo con un nuevo modo de hacer política, en el que la continuidad con el pasado —garantizada por la sigla tradicional y por el apoyo de las federaciones históricas del socialismo— fue el fundamento de un proyecto de afirmación

dentro de la izquierda española que se construyó sobre nuevos contenidos. La historiografía<sup>6</sup> se ha concentrado fundamentalmente en estos aspectos, subrayando la radicalización del discurso político a partir del congreso de Suresnes en 1974, y después en el congreso de Madrid. La causa de esta radicalización fue que, en aquellos años, la obsesión de los dirigentes socialistas era, ante todo, la de garantizarse un espacio político.

El punto de partida de este proceso de cambio del socialismo español fue el congreso de Suresnes. En 1974, la prioridad fue indudablemente la reorganización del partido con la aparición del liderazgo de González. La refundación del socialismo, sin embargo, no solo coincidió con una nueva y joven dirección sino que se concretó también en una actualización de su discurso político. La resolución política aprobada en el Congreso hacía referencia a la clásica bifurcación entre el programa mínimo y el programa máximo que había ya caracterizado la historia socialista. Se mantuvieron las aspiraciones a la conquista del poder y la radical transformación de la sociedad y se definió la democracia como paso previo para alcanzar aquellos objetivos.<sup>7</sup> Asimismo, se habló de ruptura democrática y se confirmó la opción republicana-federalista, reconociendo el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos que integraban la nación española.<sup>8</sup> No obstante, se evitó profundizar en el concepto de ruptura democrática, mientras que se introducía la idea de que era necesario conquistar «parcelas de libertad», confirmando la disponibilidad al diálogo con todas las fuerzas de la oposición.<sup>9</sup> Radicalismo ideológico y moderación se mezclaron, en resumidas cuentas, en un mismo discurso político, que tenía como objetivo iniciar el proceso de redefinición del socialismo español y de afirmar las líneas de acción del partido en aquella fase final de la dictadura. Sin embargo, el proceso estaba solo iniciado, hasta el punto de que el Congreso de Suresnes estuvo dominado fundamentalmente por cuestiones internas, de redefinición de los organismos dirigentes del PSOE.

1976 fue el año decisivo en el que la oferta política socialista se reestructuró sobre la base de los imperativos que la incipiente transición a la democracia y la masiva aparición de siglas le impusieron a la dirección socialista. En esta fase, la radicalización ideológica alcanzó su ápice y el esfuerzo de reorientación hacia la izquierda de la oposición antifranquista fue más evidente. Era necesario evitar —se decía explícitamente en la memoria de la Comisión ejecutiva del partido— la manipulación según la cual el PSOE era la derecha de la izquierda o la izquierda de la derecha. Se trataba, por tanto, de afirmar la verdadera imagen del partido.<sup>10</sup> Pero, ¿cuál debía ser esta imagen? El partido había debido dar respuesta a las exigencias provenientes de un contexto político en el que el antifranquismo y el anticapitalismo se confundían en el interior de la nueva izquierda española. Se trataba de afirmar una identidad clara, reconocible y atractiva, frente a la competencia del PCE, del PSP de Tierno Galván y de la multitud de organizaciones unidas en la Federación de Partidos Socialistas, sin contar otros grupos nacidos en regiones nacionalistas, como Cataluña, el País Vasco y Galicia. Sobre este problema González fue claro en su intervención en la «Escuela de verano» de El Escorial de 1976, cuando solicitó a los participantes hacer «un esfuerzo para mostrar de nuevo ante el país cuál es la nueva identidad del Partido».<sup>11</sup> Fue en este contexto en el que maduró la referencia explícita e inédita al marxismo —como método de análisis de la realidad y no como dogma—, y en el que se teorizó sobre el socialismo autogestionario,<sup>12</sup> como una vía alternativa al socialismo soviético y a la socialdemocracia: una fórmula compatible con un ideal de democracia no solo formal, sino entendida sustancialmente como forma de participación cotidiana en la gestión de lo público.<sup>13</sup> El PSOE se definía, por tanto, como un partido de clase, marxista y democrático, un partido internacionalista, antiimperialista, neutral (y antiamericano), republicano, federalista y que reconocía el derecho de autodeterminación.<sup>14</sup> Un partido

que ponía al mismo nivel movilización de masa y negociación y que reelaboraba los conceptos gramscianos de «hegemonía» y de «bloque social», como bisagras de una batalla para imponer una nueva concepción del mundo contra la ideología dominante.<sup>15</sup> En suma, una construcción ideológica fundada en el concepto de libertad, como elemento definidor decisivo y discriminatorio respecto al socialismo real y al PCE.

Esta inyección de radicalismo ideológico no invalidó la práctica política, que no podía evitar la moderación y los compromisos con el poder político y con los actores de la oposición. Por otra parte, si la contribución marxista debía terminar con el estigma en la orientación socialdemócrata del partido, quedaba el hecho de que, en nombre de la democracia interna y del pluralismo, el PSOE proponía acoger tanto a marxistas como a no marxistas. Además, la presencia en el XXVII Congreso de líderes del socialismo democrático, como Willy Brandt, Pietro Nenni, François Mitterrand u Olof Palme, había representado la promesa más esperanzadora para el nuevo PSOE. Por último, este radicalismo iba de la mano con una gradual moderación de los tonos de las intervenciones públicas. Se afirmaba así, por tanto, un doble registro que ilustraba los diversos objetivos que se fijaba la dirección socialista: afirmarse como partido principal de la izquierda, pero asimismo estructurarse como posible fuerza de gobierno. El partido se fijaba explícitamente el objetivo de dar respuestas a una clase trabajadora que no estaba ya solamente constituida por trabajadores manuales, sino también por asalariados intelectuales, profesionales u hombres de la cultura, y se cuestionaba en definitiva el problema de llegar a la clase media.<sup>16</sup> Por lo tanto, moderación y radicalismo se alternaban y en la praxis política concreta el debate socialista dejaba espacio a una propuesta política reformista, como confirmó la campaña electoral para las elecciones de 1977, que jugó con los temas más inmediatos: estabilidad democrática, características constituyentes de las Cortes, integración en Europa, etc. Así, se des-

tacó la necesidad de una normalización democrática, vinculada al orden, y —en el campo económico— se habló de reactivación económica y defensa del empleo. En definitiva, se defendía un programa socialdemócrata, con una ampliación del estado de bienestar, la financiación de la Seguridad Social, la jornada laboral de cuarenta horas y la jubilación a los sesenta años.

En muchos aspectos, la campaña electoral representó el momento definitivo de maduración del partido y de su clase dirigente. Por primera vez había que enfrentarse con una convocatoria electoral y era necesario construir un aparato eficiente, que fuese capaz no sólo de transmitir un mensaje político socialista atractivo, en el marmagno de las siglas de la izquierda, sino de alfabetizar políticamente a millares de cuadros dirigentes en todo el país, que debían ser transmisores de las decisiones provenientes del centro. Ese centro era Alfonso Guerra y el grupo de colaboradores que a partir de 1970, y desde 1973 con el Instituto de Técnicas Electorales (ITE), habían aprendido en Europa las modernas técnicas electorales y de captación del consenso.<sup>17</sup> Nada se dejó a la fortuna, pues Alfonso Guerra construyó un comité electoral en el que estaban presentes profesionales publicitarios. Así, se renovó la imagen del partido, sustituyendo el viejo símbolo del yunque y la pluma por el puño con la rosa (pero un puño que sujeta la rosa con la izquierda, y no con la derecha), el lema de la Internacional Socialista. Se invirtió en carteles y en la imagen de González, personificación del nuevo PSOE, con su look casual (en camisa de cuadros), joven y tranquilizador, que contrastaba con las imágenes demasiado ligadas al pasado de los dirigentes comunistas Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri.<sup>18</sup> En efecto, en el centro de todo estaba la figura de Felipe González y la defensa de las libertades resumida en el lema «La libertad está en tus manos», repetida en cada ámbito («la educación está en tus manos», etc.). Esta insistencia en la idea de libertad estaba encaminada a conseguir la inmediata identificación entre partido y democracia,

contribuyendo a diferenciar la oferta política socialista de la del PCE.

Los resultados de las elecciones de 1977 fueron más que positivos para el PSOE, que se impuso como primer partido de oposición, en perjuicio de los comunistas y de otras formaciones de la izquierda, muchas de las cuales, comenzando por el PSP de Tierno Galván, fueron gradualmente absorbidas por el PSOE. El socialismo español entró, así, en una nueva fase contribuyendo a aquella política de «consenso» que fue decisiva para la aprobación del paquete de medidas económicas urgentes incluidas en los «Pactos de la Moncloa», y posteriormente para la elaboración de la Constitución de 1978. Los socialistas fueron protagonistas de una política pragmática y moderada, en el contexto de un proceso de transición siempre asediado por los rumores golpistas y por la presencia de una violencia política, particularmente en el País Vasco.<sup>19</sup> Las opciones republicana y federalista desaparecieron rápidamente, en la general y descontada aceptación de la monarquía y en el cuadro de una nueva organización territorial concretada en el nuevo Estado de las autonomías. Aunque la dirección socialista no ahorró duras críticas al gobierno de Adolfo Suárez,<sup>20</sup> operó siempre como si los objetivos y los métodos (por ejemplo, la movilización de masas) que habían dado sustancia al radicalismo ideológico en el XXVII Congreso ya no existiesen. El PSOE se proponía, ahora, como alternativa de gobierno y necesitaba dar una señal a la clase media moderada, aquella que temía todavía el lenguaje y las palabras del socialismo marxista y revolucionario. Se trataba de dar una señal, y González lo comprendió bien. Así, en Barcelona, en el curso de una entrevista, dejó a todos los presentes atónitos anunciando, por sorpresa, el propósito de no incluir la definición marxista en la resolución política del siguiente congreso. Se generó un tumulto de polémicas<sup>21</sup> y una dura oposición interna, que alimentó insatisfacciones ya presentes en un partido que en aquellos años había alcanzado una cuota de 200.000 afiliados,

de los cuales el setenta por ciento lo era desde hacía menos de cuatro años.<sup>22</sup> Las elecciones de 1979, vividas con crecientes expectativas, no obtuvieron los resultados esperados, reforzando, si hubiese sido necesario, la opinión de aquellos que creían necesario un mensaje más tranquilizador y que atrajese a una parte del electorado de Unión de Centro Democrático (UCD). Era necesario desactivar la acusación de excesivo radicalismo y deshacer la ambigüedad entre el programa máximo y el mínimo, que había sido útil en la fase anterior. El Congreso de mayo de aquel mismo año se convirtió en un ajuste de cuentas entre los renovadores de la línea González y las corrientes críticas, hostiles a la idea del abandono del marxismo, que se consideraba preludio de un abrazo mortal a la socialdemocracia europea.<sup>23</sup> La estrategia de Felipe González tuvo un éxito inesperado e imprevisible, con la aprobación de la resolución política de los críticos y la consiguiente dimisión de González. La inexistencia de una candidatura alternativa hizo todavía más inevitable el itinerario comenzado por la dirección socialista, que en el curso del Congreso extraordinario de octubre cerró filas y consolidó el liderazgo de González y de su línea.<sup>24</sup> El PSOE se propugnaba ahora como partido de masas e interclasista, capaz de alcanzar en breve el gobierno español. Se abría un nuevo camino.

### Radicalismo socialista y cuestión vasca

La directiva renovada del PSOE comprendió inmediatamente la centralidad del tema de las nacionalidades, como contenido ineludible de un proceso de transición a la democracia. El rígido centralismo del régimen franquista y las políticas de obligada «españolización», implementadas especialmente en Cataluña y en el País Vasco, habían reforzado la identificación entre la democracia y las exigencias de reorganización territorial del Estado, en un sentido federalista o autonómico.<sup>25</sup> No habría sido posible, por lo tanto, concebir una democracia

que no reconociese los derechos a los nacionalismos del Estado español. En los años setenta resultó natural recuperar la proclama socialista de 1918 a favor de la República federal de las nacionalidades<sup>26</sup> —en realidad letra muerta en la praxis política socialista hasta la Guerra Civil— e incluir la defensa del derecho de autodeterminación de los pueblos que integraban el Estado español, entre los puntos determinantes del programa del PSOE. En una fase de radicalismo ideológico, la asunción integral de las reivindicaciones provenientes de las nacionalidades históricas era todavía más lógica, si se considera la proliferación de siglas locales y nacionalistas que trataban de hacerse con parte del pastel del socialismo en esos territorios. Se trataba, por tanto, de un aspecto importante del proceso de reconstrucción de una identidad política y del reordenamiento de la propia oferta. Por otra parte, el problema de la unidad socialista, asediada también por las fuerzas nacionalistas, había florecido ya en el curso del Congreso de Suresnes, en 1974, donde se había fijado el objetivo de absorber las múltiples siglas socialistas de ámbito local:

Reagrupar las fuerzas socialistas dispersas por toda la geografía peninsular implica no solamente la integración en el Partido de los grupos y corrientes sin denominación determinada, pero con ideario socialista, que van surgiendo en diversas provincias españolas, sino proseguir con los intentos de coordinar la familia socialista [...]. Sin embargo, en las nacionalidades peninsulares han nacido tendencias nacionalistas de izquierdas sobre las que han aparecido grupos socialistas, los cuales, con mayor o menor fortuna, han llegado a influir en ciertos ambientes, principalmente de tipo intelectual y técnico. [...] El reconocimiento por los distintos grupos del principio federal del Estado español, el de la necesidad de la unidad de clase de cuantos viven y trabajan en las diferentes áreas peninsulares y la coincidencia de las soluciones socialistas que unos y otros propugnamos, constituyen legítimos puntos de partida para la coordinación de la familia política a la que pertenecemos.<sup>27</sup>

En este contexto, el PSOE asimiló lenguaje y objetivos que provenían del mundo del nacionalismo de izquierdas, en el intento de sintetizar libertades nacionales, reivindicaciones sociales y tradición obrera del partido. El Congreso de Madrid de 1976 confirmó la dirección tomada en Suresnes, propugnando «la instauración de una República Federal de trabajadores integrada por todos los pueblos del Estado español» y defendiendo el derecho de autodeterminación de las nacionalidades y las regiones, con la idea de que sólo la dialéctica marxista habría dado un horizonte a la lucha nacional.<sup>28</sup> La estructura federal del partido fue una elección coherente, que hay que enmarcar en el intento de armonizar intereses generales de la organización con aquellos específicos de los diversos pueblos. Las federaciones locales, y los congresos que éstos celebrarían, debían ser los canales útiles para vehicular las aspiraciones y dar respuesta a los problemas específicos de cada nacionalidad.

La cuestión de las nacionalidades fue parte fundamental de la reconstrucción de la identidad del PSOE, y lo fue todavía más en las regiones donde más arraigados se hallaban los sentimientos nacionalistas. En el caso vasco, la situación era complicada, debido al activismo de ETA y a las innumerables asociaciones y siglas de partidos relacionadas, de una u otra forma, con sus dos ramas (ETA militar y ETA político-militar). En un contexto de creciente oposición al Régimen, los símbolos, los contenidos que históricamente habían formado parte del bagaje del nacionalismo —la defensa del *euskera*, la *ikurriña*, el *Aberri Eguna* (Día de la patria vasca) o el himno *Eusko Gudariak*— habían mutado de significado, convirtiéndose en patrimonio común de todas las fuerzas antifranquistas vascas, en cuanto manifestaciones de una difusa aspiración a la libertad y a la democracia. El proceso de asimilación de estos símbolos por parte de los socialistas locales (organizados en un Comité Central Socialista de Euskadi) se había iniciado ya con la proclamación de la autonomía vasca durante la Guerra Civil y después en la larga posguerra, con la persistencia

de los representantes socialistas en el Gobierno vasco en el exilio, junto a las fuerzas nacionalistas (el Partido Nacionalista Vasco y Acción Nacionalista Vasca) y a las fuerzas republicanas (Izquierda Republicana y Unión Republicana).

La nueva clase dirigente del socialismo vasco, que emergió a partir de los años setenta –bajo el ala protectora de dirigentes más mayores, como Nicolás Redondo, Enrique Múgica y Ramón Rubial– hubo de enfrentarse, por lo tanto, a una realidad social extremadamente radicalizada. La reconstrucción de una identidad política hacía imprescindible una adecuación del discurso político socialista a las características especiales de la sociedad vasca, poniendo en un segundo plano la tendencia obrerista, e incluso la tendencia vizcaína (tradicionalmente más «españolista», frente al vasquista socialismo guipuzcoano), que habían supuesto el engranaje y el corazón latente del socialismo local. No podía bastar el marxismo, o el impulso revolucionario, para hacer mella en el caótico mundo del antifranquismo vasco, sobre todo en una fase histórica en la que la lucha armada de ETA contaba con bastante simpatía, dentro y fuera del país. En Euskadi, el PSOE necesitaba construir una nueva identidad que, sin contradecir el discurso político de Madrid, lo adaptase a la situación local. La nueva generación de dirigentes vascos –con Txiki Benegas, José Antonio Maturana, Ramón Jáuregui, Arantxa Aritzondo, Enrique Iparragirre, Miguel Echaniz y otros<sup>29</sup> era consciente de la necesidad de armonizar la cuestión social y la cuestión nacional, buscando, además, proyectar una imagen de autonomía organizativa desde Madrid. Se trataba de dar la vuelta a la imagen de partido centralista y «españolista» que, sobre todo en Vizcaya, estaba muy generalizada, a pesar de la ya antigua alianza con el PNV en el Gobierno vasco. Las posiciones oficiales del PSOE sobre la nacionalidad representaron, por lo tanto, un primer instrumento útil para la reconstrucción de la imagen del socialismo vasco, pero la publicación de una nueva etapa del boletín interno del partido en el País Vasco, titulado Euskadi So-

cialista, fue la primera señal tangible del nuevo itinerario. En esta revista se anticiparon muchos contenidos que serían enunciados en el curso del primer Congreso de los socialistas vascos de marzo de 1977. En el primer número, por ejemplo, se admitió el error histórico de haber confundido la cuestión nacional con el nacionalismo, para después afirmar que la opresión nacional y de clase eran dos caras de un único problema:

Nosotros, como socialistas vascos, pensamos que sólo la revolución socialista liberará al pueblo de Euzkadi de la opresión nacional y capitalista [...]. Nuestro pueblo sólo será verdaderamente libre cuando haya triunfado la revolución socialista. Para una fase de transición en el marco de un Estado democrático burgués proponemos una estructura federal libremente decidida por todos los pueblos que forman el actual Estado español.<sup>30</sup>

Esta interpretación de la cuestión nacional fue la clave de la redefinición de la imagen del socialismo local. Una nueva visión de la cuestión vasca, que era sintetizada así por Txiki Benegas, en febrero de 1977:

Euskadi no es sólo una bandera, un Estatuto de Autonomía, una cultura y una lengua. Euskadi es, también, clase trabajadora que sufre explotación y busca su liberación como partido de clase en Euskadi, nuestro proyecto político trata de realizar la síntesis histórica entre la defensa de los intereses de los trabajadores y la defensa de las libertades nacionales vascas.<sup>31</sup>

La combinación de nacionalismo y de anticapitalismo, la síntesis entre lucha de clases y batallas nacionales, habían dominado durante lustros el encendido debate interno dentro de ETA. Buena parte de aquel lenguaje y de aquellas temáticas se habían impuesto también en otros ambientes. Pero esta asimilación, casi obvia, no implicó nunca para la dirección socialista la identificación con aquella realidad política y social.<sup>32</sup> Más bien, la jerarquía socialista manifestó fuertes reservas acerca de la estrategia de ETA. En un artículo de *Euskadi Socialista* de 1976

titulado «Lucha armada, lucha de masas», se afirmaba, entre otras cosas:

Para los marxistas antidogmáticos ningún método de lucha es el mejor apriorísticamente determinado [...]. No se trata, por tanto, de condenar la lucha armada «por sí», sino por ser una táctica inadecuada a la realidad existente y a los propios intereses del movimiento obrero en una situación determinada. [...]. Las últimas acciones de ETA son totalmente inútiles y no aportan desde una perspectiva política nada a la lucha por la libertad de Euskadi, ni a la lucha de la clase trabajadora, sino que, por el contrario, frenan las movilizaciones populares, y en tanto las frenan entorpecen el camino hacia la libertad, generan una mayor represión sobre todo el pueblo vasco y sobre su clase obrera.<sup>33</sup>

Los socialistas vascos mantenían aquí el llamamiento a la unidad, en nombre de la matriz común de fuerzas de izquierda y de oposición al franquismo, pero al mismo tiempo resultaba evidente la crítica de fondo hacia un sector de la sociedad que ya entonces se mostraba irreducible. El Congreso de marzo de 1977 confirmó la dirección tomada en los meses precedentes, aprobando, no sin polémicas, una denominación mayormente ligada a la realidad vasca, que diese la idea de un cambio histórico del partido. De ahí la elección del nombre de Partido Socialista de Euskadi (PSE-PSOE), una denominación que expresaba una evidente voluntad de establecerse firmemente en el panorama político local. La moción política aprobada reiteró la defensa del derecho de autodeterminación, pero reconducido hacia un federalismo que fuese garantía de la hermandad entre los diversos pueblos de la Península Ibérica y del triunfo de la revolución socialista. Las críticas al nacionalismo, culpable de la estigmatización del inmigrante y del español, no impidieron que contenidos prestados de este hicieran mella en el nuevo discurso político socialista. Así, por ejemplo, se afirmaba que la abolición de los Fueros, en 1876, había coincidido con la pérdida de la identidad nacional vasca, por culpa de un estado centralizador.<sup>34</sup> En la relectura de la historia pasada se volvieron a encontrar las razones de un inevitable opo-

sición con el mundo nacionalista, pero también los presupuestos históricos del nuevo rumbo, recuperando figuras como la de Santiago Aznar, que en la postguerra había sido partidario de un partido socialista solo de ámbito vasco, habiendo sido duramente marginado por ello:

[...] También a lo largo de su historia, nuestro partido ha tenido que enfrentarse en ocasiones, y en algunas con dureza, a ciertas posiciones provenientes de sectores nacionalistas, no porque estuvieran en contra de las aspiraciones del pueblo vasco, sino porque como partido de clase tenía forzosamente que defender los intereses de los trabajadores amenazados por la burguesía vasca y por sectores conservadores o reaccionarios del movimiento nacionalista. Esto generó en el partido un instinto de defensa y una importante dosis de recelo ante ciertas actitudes rayanas con el racismo, el conservadurismo religioso, el desprecio del inmigrante y el rechazo de las reivindicaciones obreras. La Guerra Civil unió en armas a los partidos democráticos de Euskadi, los cuarenta años de dictadura durante los cuales nuestro Partido ha permanecido en el Gobierno vasco, y la lucha conjunta desarrollada durante muchos años, a pesar de las sustanciales diferencias existentes, han servido para que los socialistas seamos conscientes de nuestra obligación de ponernos al frente de las reivindicaciones del pueblo vasco y de dotarlas de contenidos de clase [...] porque la lucha de clases y la lucha contra la opresión nacional es una misma lucha contra un mismo enemigo, la oligarquía monopolista y centralista que detenta el poder autoritariamente.<sup>35</sup>

Más interesantes que las reelaboraciones históricas, dirigidas a legitimar el perfil «vasquista» del socialismo, fue la posición asumida sobre la cuestión navarra. El partido afirmó claramente una línea favorable a la integración de esta provincia en una futura entidad autónoma vasca, asimilando así una de las reivindicaciones históricas del nacionalismo. Es cierto que Benegas defendió el derecho del pueblo navarro a decidir libremente su propio destino,<sup>36</sup> pero la propia presencia de la federación de Navarra dentro del PSE (que, por lo tanto, reunía las federaciones de Álava, Vizcaya, Guipúzcoa y Na-

varra) era una señal clara en este sentido. Los socialistas se habían convencido, con independencia de razones históricas, de que una Navarra dentro de la Comunidad Autónoma vasca haría más probable una victoria socialista, tanto en Euskadi como a nivel nacional.<sup>37</sup> Se trataba de un cambio histórico que iba a tener una vida breve, pero que en aquella fase fue un indicador importante del nuevo rumbo del socialismo vasco.<sup>38</sup> En muchos aspectos, la evolución del Congreso Constituyente del PSE fue un reflejo del Congreso de Madrid. Lo fue por el exceso de referencias a la lucha de clases, por los análisis históricos y por la fuerte carga ideológica que representaban los verdaderos objetivos de la política socialista: autonomía, amnistía, normalización del orden público, federalismo (este también rápidamente frustrado), identidad vasca del partido, integración de Navarra, etc. Estos puntos caracterizarían la línea del socialismo vasco al menos hasta 1979, cuando la aprobación del Estatuto de Autonomía de Euskadi dio paso a una nueva situación política. Que este impulso «vasquista» era coherente con la nueva imagen del socialismo español lo demostró el mismo Alfonso Guerra, que en el curso de una intervención suya en el Congreso Constituyente del PSE rindió homenaje a Sebastián Goicoechea y Nicolás Mendizábal,<sup>39</sup> dos etarras muertos por la policía en un altercado con fuego un día antes:

Creo que estoy en el deber, y que además interpreto la voluntad de todos vosotros, de rendir un homenaje a todos los hombres y mujeres de este pueblo vasco que hoy no están aquí y que querían y deberían estar, comenzando por el primer hombre y la primera mujer que derramaron su sangre por la libertad del pueblo vasco, y terminando por Sebastián y Nicolás, que la derramaron hace sólo tres días.<sup>40</sup>

Es cierto que, en estos primeros meses de 1977, ETA no era todavía objeto de juicios definitivos, de estigmatizaciones sin atenuantes, aunque había habido ya señales de tensiones entre los socialistas y la izquierda *abertzale*. Por ejemplo, un caso que provocó polémica tuvo lugar

en Eibar, cuando un acto socialista, con la presencia de Felipe González, fue interrumpido por una cuarentena de militantes de Euskal Sozialista Biltzarrea (ESB, o Partido Socialista Vasco), un pequeño reagrupamiento nacionalista, que buscaba imponerse en aquella fase al PSE como un posible competidor por el espacio político de la izquierda moderada.<sup>41</sup> Sin embargo, en aquel momento histórico era todavía razonable pensar que la izquierda *abertzale* y las dos ramas de ETA aceptasen las reglas del juego democrático, y esta convicción era suficiente para mantener vivas las solidaridades marginales entre las fuerzas del antifranquismo. Alfonso Guerra, con ese homenaje, tal vez hacía referencia a esta solidaridad residual, pero seguramente representaba bien la nueva imagen de un socialismo atento a la complejidad de la cuestión vasca.

Por otra parte, en Euskadi el socialismo no competía con organizaciones, aquí impalpables, como el PSP o el mismo PCE, sino que se medía con una izquierda nacionalista que tenía una fuerte presencia en la sociedad. Las tensiones con ESB, por ejemplo, derivaron precisamente de la potencial competencia, que se reveló absolutamente infundada, de aquella parte del electorado sensible al socialismo, pero también a la «cuestión nacional». Por otra parte, ESB se presentó al electorado como el verdadero partido socialista vasco. Así, las actas de las reuniones de la Comisión Ejecutiva del PSE de los meses previos a las elecciones de junio de 1977 muestran cómo la presencia de ESB se consideraba algo negativo para la rama vasca del PSOE, e incluso en varias ocasiones se discutió sobre las posibilidades de acciones legales contra este partido.<sup>42</sup> Por lo tanto, incluso en el ámbito de una campaña dominada por la imagen de González, el PSE se propuso como sujeto autónomo, tratando de ofrecer respuestas concretas a problemas económicos, sociales y políticos de la región. Es cierto que tampoco faltaron las ambigüedades, pero éstas derivaron del uso de un lenguaje frecuentemente radicalizado, incluso sobre la ola de la emotividad ligada a graves

sucesos, y del abuso de algunas fórmulas en este período, como aquel derecho a la autodeterminación reivindicado en los primeros documentos del partido y después olvidado. De todas formas, se confirmó también en Euskadi aquella alternancia de registros y contenidos que caracterizó a todo el socialismo español en esta primerísima fase de la Transición, aunque aquí la construcción identitaria y la competencia por los mismos espacios electorales asumieron características específicas.

Tras el éxito positivo de las elecciones de junio de 1977, el PSE confirmó su dirección política, decididamente autonomista, e incidió en la defensa de la identidad y de la cultural local, con el objetivo de definir aquella trama institucional y de valores compartidos, necesarios para la normalización de la situación vasca.<sup>43</sup> Incluso en el ámbito de una relación centro-periferia no conflictiva, buscó salvaguardar la imagen de un partido no subordinado a las directrices de la dirección madrileña, manteniendo una significativa capacidad de propuesta en la cuestión de la preautonomía, de la que asumió la presidencia contra la voluntad del mismo Felipe González.<sup>44</sup> Además, buscó asumir en primera persona algún papel de mediador en las negociaciones con ETA,<sup>45</sup> aunque con resultados negativos.

El Congreso Extraordinario del PSE de 1978 fue la primera ocasión de reforma oficial del discurso político del socialismo vasco, que ahora pretendía proyectar la imagen de una fuerza responsable, capaz de dar respuestas a los retos de la sociedad y de la política vasca. Así, desaparecieron las referencias al federalismo y al derecho de autodeterminación de los pueblos, en nombre de una estructura autonómica generalizada pero profunda, que mantenía la unidad de España como valor fundamental.<sup>46</sup> Más allá de las propuestas concretas, lo que había cambiado era el lenguaje, que ya no era el de un partido que salía de la clandestinidad y que estaba condicionado por la competencia con el resto de la izquierda, propia de la fase preelectoral. Se mantenían, sin embargo, reivindicaciones importantes, como la exigencia de una policía vasca y la necesidad de transferencia de las competencias a Euskadi, pero habían desaparecido ya otros objetivos, como los conciertos económicos o los fueros, demostrando que el único fundamento de la autonomía vasca habría debido ser la Constitución.<sup>47</sup> Sin embargo, mientras el sistema político español procedía en dirección a una normalización de la dialéctica parlamentaria, en función de los imperativos del proceso constitucional, el vasco era golpeado por una escalada de violencia sin precedentes,



Txiki Benegas (fondo a la izquierda) con el lehendakari Leizaola en Guernica

debida al activismo irreducible de ETA y a las más que discutibles modalidades operativas de las Fuerzas del Orden Público. Una situación que se complicó por los éxitos del referéndum constitucional, que registró un porcentaje de abstención en las provincias vascas del 55 por ciento. Era evidente que la política vasca seguía un itinerario completamente anómalo respecto al proceso político que se desarrollaba en el resto del Estado y las elecciones de 1979 lo demostraron de forma todavía más evidente. Los socialistas sufrieron un enorme debacle, debido a la victoria del PNV y al adelanto de la recién nacida coalición *abertzale* Herri Batasuna.<sup>48</sup> Por lo tanto, mientras la diatriba sobre el marxismo golpeaba al socialismo español, favoreciendo una clarificación de la identidad y de los objetivos de éste, su dirección vasca entraba en una fase de profunda reestructuración de su política anterior y de la imagen proyectada en aquellos años. Una reflexión post-electoral, en muchos aspectos dramática, que silenció por completo cualquier otra cuestión, incluido el debate que se desarrollaba en Madrid en aquellos meses.

Fue el propio secretario Benegas, en una reunión del Comité Nacional, quien reconoció los límites de una política que en las intenciones habría debido solucionar la fractura de la sociedad vasca en dos comunidades contrapuestas, pero que había terminado por desilusionar al voto obrero e inmigrante, clásico referente del socialismo local, sin conseguir atraer al voto nacionalista de izquierdas.<sup>49</sup> Por otra parte, en aquellos años, en temas importantes —como la integración de Navarra, la relación con el nacionalismo moderado y el diálogo con ETA— se habían registrado amplios cambios, que habían terminado por desorientar al electorado. Así, con la inminencia de las elecciones de 1979, la dirección navarra del PSE había anunciado su voluntad de posponer la integración de Navarra en un futuro indeterminado, probablemente para tranquilizar el voto socialista que, en aquella provincia, no era particularmente sensible a los temas de la integración en una comunidad

vasca.<sup>50</sup> En aquellos días, Benegas negó por primera vez la utilidad del diálogo con ETA, juzgada como una organización que ponía en peligro «la democracia y la libertad del pueblo vasco y de España».<sup>51</sup> Así, después de haber visto fracasar cualquier intento de negociación, el Secretario socialista constataba implícitamente la imposibilidad de reabsorber aquel mundo dentro de la dialéctica normal democrático-parlamentaria.<sup>52</sup> Además, en las páginas de *El Diario Vasco* había aparecido un artículo provocativo firmado por los militantes socialistas Enrique Casas, Enrique Iparraguirre y Andrés de Blas en el que, cerrando definitivamente una fase, se definían principios como la autodeterminación o el restablecimiento de los Fueros, meros eslóganes sin posible aplicación concreta.<sup>53</sup>

La crisis de identidad del socialismo vasco se había evidenciado en un contexto de imponente crecimiento del nacionalismo y en una fase de clarificación interna del socialismo español. El Congreso de noviembre de 1979 representó, por lo tanto, un momento importante de reflexión, una ocasión para una autocrítica seria sobre la imagen y la línea del partido. El análisis que la Secretaría propuso al Congreso fue honesto, al subrayar la subordinación de las temáticas socio-económicas a la batalla por el autogobierno, que había contribuido a revivir la cuestión nacional, lo que continuaba favoreciendo los partidos nacionalistas de composición interclasista, como el PNV o HB.<sup>54</sup> A estas circunstancias negativas se había sumado la incapacidad de realizar una verdadera batalla ideológica contra el nacionalismo, sin que aquello hubiese consolidado realmente una imagen vasca del partido. Al contrario, la propaganda nacionalista había hecho circular con éxito el mensaje de un PSE como mero apéndice de las decisiones elaboradas en Madrid. Ésta era una situación que, según Benegas, había hecho todavía más urgente la necesidad de un socialismo que se propusiese como alternativa de poder y se enfrentase a la demagogia demostrada por el nacionalismo sobre temas como la aprobación

de la Constitución. Pero el ataque al nacionalismo no concluía ahí, sino que se dirigía con juicios mucho más duros contra ETA, y de rebote contra la izquierda *abertzale*, culpable de pedir otra amnistía, mientras continuaba una sangrienta guerra contra el Estado. Según el secretario socialista, la lucha contra el terrorismo era la verdadera prioridad, en el contexto de la creciente crisis de convivencia en la que se encontraba Euskadi a causa de la violencia. También sobre un tema importante, como las políticas de recuperación del euskera, hubo cambios importantes. En los años precedentes, con José Antonio Maturana al frente de la Consejería de Cultura del organismo preautonómico, los socialistas habían trabajado para la recuperación y la defensa de la cultura euskaldun. Sin embargo, ahora la preocupación era el mantenimiento del bilingüismo. El Congreso no rechazó la línea seguida hasta aquel momento, pero relanzó también la defensa de la cultura española, dado que: «la cultura vasca es tan vasca, tanto si se escribe en castellano como en euskera, pues la lengua es aquí un instrumento puramente de comunicación».<sup>55</sup> Sobre estas correcciones de rumbo pesaba, evidentemente, la voluntad de atraer a aquel electorado socialista inmigrante que se consideraba podía tender a desertar de las urnas si el PSE incrementaba excesivamente su perfil vasquista. Estaba claro el planteamiento de fondo. Se trataba de construir una síntesis entre vasquismo y lucha de clases que no se limitase, sin embargo, a los tonos casi nacionalistas del pasado, sino que, por el contrario, tomase como punto de partida una crítica firme del nacionalismo.

En muchos sentidos, el II Congreso representó la evolución de una trayectoria del PSE, oscilante y contradictoria en las formas y en el lenguaje, en el discurso político e incluso en algunas reivindicaciones, pero coherente en la definición del horizonte último y en los objetivos fundamentales del partido: la autonomía en el marco del Estado español; la lucha por los derechos de los trabajadores; la defensa del

«vasquismo», pero en un contexto plural y de no-discriminación de la cultura y de las poblaciones no autóctonas. Empezaba así una nueva etapa de la historia del socialismo vasco.

#### Entre marxismo y Fueros. Algunas consideraciones finales

1979 marcó el paso de la «línea de sombra» para el socialismo español. Los congresos que se celebraron en aquel año, tanto en Madrid como en Bilbao, establecieron la identidad del socialismo en los años sucesivos, cerrando una fase iniciada al principio de la década de 1970, en la fase crepuscular del Régimen. Se dio por finiquitada así la fase del radicalismo ideológico para dejar espacio a un partido que se proponía como alternativa creíble de gobierno. La renovación organizativa del partido coincidió con el ingreso de una nueva generación de dirigentes, cercanos a la política en los años de la contestación del tercermundismo, de la revolución que se encontraba en la universidad, en la cultura, en las calles. Era natural que esta nueva militancia renovase metodologías y contenidos de un antifranquismo que no podía permanecer ligado únicamente al recuerdo de la Guerra Civil española. El socialismo español fue investido por esta nueva realidad, que mutó en el fondo su estructura organizativa y sus referencias ideológicas. Se construyó así un nuevo discurso político, basado en la identificación que, para la izquierda antifranquista, existía entre el régimen de Franco y el capitalismo y el centralismo.

Esta misma realidad en Euskadi hubo de asumir formas específicas. Aquí fueron los símbolos del nacionalismo los que caracterizaron la oposición del Régimen, y por eso la nueva identidad del socialismo debió ser «vasquista», con sus ikurriñas y fiestas de la patria vasca, a pesar de que el grueso de la militancia socialista fuese de origen inmigrante. La particular situación de violencia, la dura represión ejercida, incluso con la Transición empezada, por las fuerzas de seguridad, hicieron el resto. Así, el nuevo curso del

socialismo vasco buscó una difícil síntesis entre su historia —obrerista e internacionalista— y los imperativos de la cuestión vasca. Se trataba aquí también de definir la propia identidad y de encontrar un espacio político propio. Lo que fue el marxismo para el socialismo español, lo fue la idea de Euskadi como nación (identificada incluso, siguiendo la interpretación nacionalista de la historia, con los Fueros) para el socialismo vasco: una fascinación breve, efímera e instrumental pero totalmente comprensible en el contexto de aquellos años y de aquellos lugares. Después llegaron las victorias y las derrotas, pero aquellas dependieron de otros múltiples factores.

## NOTAS

<sup>1</sup> Traducción: Alina Navas Hermerosilla.

<sup>2</sup> En este sentido, Alfonso Guerra, en una reciente entrevista, me contaba en detalle el entusiasmo provocado en él y en su grupo por los hechos del Mayo francés. En general, el grupo de jóvenes innovadores andaluces (Alfonso Guerra, Felipe González, Luis Yáñez, Guillermo Galeote, Alfonso Fernández Malo) fue protagonista de la vida universitaria local. Véase: GUERRA, Alfonso y GONZÁLEZ, Felipe, *De Suresnes a la Moncloa*, Madrid, Novatex, 1984.

<sup>3</sup> Véase MATEOS, Abdón, *Las izquierdas españolas desde la Guerra Civil hasta 1982: organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, Madrid, UNED, 1997.

<sup>4</sup> «Los enfoques de la praxis», *El Socialista*, mayo de 1972.

<sup>5</sup> «Una lección de democracia en el Congreso del renacimiento», *Le Socialiste*, septiembre de 1972.

<sup>6</sup> Entre muchos, TEZANOS, José Félix, «Continuidad y cambio en el socialismo español», en TEZANOS, José Félix, COTARELO, Ramón y BLAS GUERRERO, Andrés de, *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989; GILLESPIE, Richard, *Historia del PSOE*, Madrid, Alianza, 1991; GARCÍA SANTASMASES, Antonio, *Repensar la izquierda, evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona, Anthropos, 1993; MATEOS, Abdón, *Las izquierdas españolas desde la Guerra Civil hasta 1982: organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, Madrid, UNED, 1997; JULIÁ, Santos, *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997.

<sup>7</sup> Resolución política, XIII Congreso de Suresnes, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), Fa 371.

<sup>8</sup> Se hacía también referencia a la necesidad de ruptura democrática, a la amnistía, a la disolución de las instituciones represivas, al reconocimiento de las libertades políticas, a la necesidad de elecciones libres, a la restitución de los bienes secuestrados a las organizaciones políticas.

<sup>9</sup> JULIÁ, Santos, ob. cit., p. 429.

<sup>10</sup> Memoria de la Comisión Ejecutiva Congreso de Madrid de 1976, AFPI, A70.

<sup>11</sup> AA.VV., *Socialismo es libertad*. Escuela de verano 1976, Madrid, *Cuadernos para el Diálogo*, 1976, p. 22.

<sup>12</sup> La construcción del socialismo preveía tres fases no necesariamente consecutivas: 1) pasaje desde el estado fascista al estado de las libertades públicas; 2) transición a un Estado en el que la hegemonía corresponde a la clase trabajadora; 3) estado final de la sociedad sin clases, plenamente socialista en la que el Estado sería sustituido por la autogestión a todos los niveles.

<sup>13</sup> ANDRADE BLANCO, Juan Antonio, «Del socialismo autogestionario a la OTAN: notas sobre el cambio ideológico en el PSOE durante la transición a la democracia», *Haol*, n. 14, 2007, pp. 97-106.

<sup>14</sup> Resoluciones circular n.º 3 dic. 1976, AFPI, FC 365.

<sup>15</sup> GARCÍA SANTASMASES, Antonio, ob. cit., p. 40.

<sup>16</sup> AA.VV., *Socialismo es libertad*, ob. cit., p. 32; TEZANOS, José Félix, «Socialismo y clases sociales», *Diario 16*, 17 de febrero de 1977; TEZANOS José Félix, «El espacio político del socialismo», *Diario 16*, 18 de marzo de 1977.

<sup>17</sup> GUERRA, Alfonso, *Cuando el tiempo nos alcanza. Memorias (1940-1982)*, Madrid, Espasa Calpe, 2007.

<sup>18</sup> Sobre ese tema: FEO, Julio, *Aquellos años*, Barcelona, Ediciones B, 1993. Julio Feo fue uno de los miembros del ITE.

<sup>19</sup> Sobre esta lectura menos idílica de la Transición, véase GÓMEZ BRAVO, Gutmaro (coord.), *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009.

<sup>20</sup> Por ejemplo, fue protagonista de una polémica clamorosa cuando el representante socialista, Gregorio Peces Barba, decidió abandonar los trabajos de la Comisión Redactora de la Constitución para protestar contra la aprobación sistemática de normas por mayoría (de derecha) más que buscando un consenso más amplio. Sobre este episodio, véase PECES BARBA, Gregorio, *La elaboración de la Constitución de 1978*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1988.

<sup>21</sup> «Debate abierto en el PSOE por la cuestión del marxismo», *El País*, 11 de mayo de 1978.

<sup>22</sup> TEZANOS, José Félix, «El espacio político y sociológico del socialismo español», *Sistema*, n.º 32, septiembre 1979, pp. 51-75.

<sup>23</sup> «El sector radical acusa González de llevar al PSOE a la socialdemocracia», *El País*, 23 de mayo 1979.

<sup>24</sup> «Felipe volvió», *Hoja del Lunes*, 1 de octubre de 1979.

<sup>25</sup> Sobre el argumento, véase SOLÉ TURRA, Jordi, *Nacionalidades y nacionalismos en España. Autonomías, federalismos y autodeterminación*, Madrid, Alianza Editorial, 1985; BLAS GUERRERO, Andrés de, «El problema nacional-regional español en los programas del PSOE y PCE», *Revista de Estudios Políticos (Nueva época)*, n.º 4, julio-agosto 1978, pp. 155-170.

<sup>26</sup> El Congreso del PSOE de 1918 ratificó una resolución a favor de la constitución de una «Confederación Republicana de las Nacionalidades Ibéricas», una declaración que se situaba en el contexto del debate de las nacionalidades desarrollado en Europa tras el final de la Primera Guerra Mundial y después de la Revolución Rusa. En EGUIGUREN, Jesús, *El socialismo y la izquierda vasca*, Madrid, Pablo Iglesias, 1994, p. 25.

<sup>27</sup> Memoria de la Comisión Ejecutiva. 13.º Congreso del PSOE, Suresnes, 1974, Cap. III, pp. 34-35.

<sup>28</sup> Resoluciones circulares, n.º 3 dic. 76, AFPI, FC 365, pp. 15-16.

- <sup>29</sup> BENEGAS, José María, *Euskadi: sin la paz, nada es posible*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 47; sobre el socialismo vasco: ESCUDERO, Manuel, «El socialismo vasco y el desarrollo del Estado de las autonomías», *Cuadernos de Alzate*, n.º 1, Invierno 1984-1985, pp. 79-84; EGUIGUREN, Jesús, *El socialismo y la izquierda vasca*, Madrid, Pablo Iglesias, 1994; FUSI Juan Pablo, «El socialismo vasco (1886-1984)», en JULIÁ, Santos (coord.), *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1988, pp. 41-70; MICCICHÉ, Andrea, *Euskadi Socialista. La transición a la democracia en el País Vasco (1976-1980)*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2009; MIRALLES, Ricardo, «El socialismo vasco», en DE LA GRANJA, José Luis y DE PABLO, Santiago, *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2002, pp. 227-248.
- <sup>30</sup> «Tribuna Libre», *Euskadi Socialista*, órgano de expresión del Comité Central Socialista de Euskadi, Febrero-1976, II época n.º 1, pp. 11-13.
- <sup>31</sup> «Mitin socialista en Pasajes», *El Diario Vasco*, 22 de febrero de 1977.
- <sup>32</sup> MICCICHÉ, Andrea, «I socialisti ed il dialogo con l'ETA durante la transizione alla democrazia. 1977-1980», *Spagna Contemporanea*, n.º 34, 2008, XVII, pp. 67-85.
- <sup>33</sup> «Lucha armada, lucha de masas», *Euskadi Socialista*, Órgano del Comité Central Socialista de Euskadi (PSOE), 1976, pp. 7-8.
- <sup>34</sup> BENEGAS, José María y DÍAZ, Valentín, *Partido Socialista de Euskadi-PSOE*, San Sebastián, Haranburu, 1978, p. 38. En realidad, el nacionalismo vasco, desde Sabino Arana, consideraba que la Ley de Modificación de Fueros de 25 de octubre de 1839 había traído consigo la pérdida de la independencia vasca. Sin embargo, ello no le impidió recordar (y protestar) también contra el nuevo ataque centralista del Estado contra las libertades vascas, que había supuesto la ley de 21 de julio de 1876.
- <sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 18-19.
- <sup>36</sup> *Ibidem*, p. 21.
- <sup>37</sup> Entrevista a José Antonio Maturana, 2-06-2005.
- <sup>38</sup> La Federación navarra se separó del PSE-PSOE en 1982, convirtiéndose en PSN-PSOE.
- <sup>39</sup> Sobre los hechos de Itxaso del 8 de marzo de 1977 y sobre las sucesivas movilizaciones de protesta, véase *El Diario Vasco*, 12 de marzo de 1977.
- <sup>40</sup> BENEGAS, José María, PSE-PSOE, ob. cit., pp. 30-31.
- <sup>41</sup> BENEGAS, José María, *Euskadi: sin la paz, nada es posible*, ob. cit., p. 68.
- <sup>42</sup> Por ejemplo, en la reunión del 3 de marzo de 1977. En la reunión del 10 de mayo se apunta una controversia por el uso del puño y la rosa como símbolos del partido. Además, en el curso de las negociaciones para la constitución de una alianza electoral para el Senado con PNV presentaría una oposición sobre la eventual presencia de este pequeño grupo, y eso incluso contra el parecer contrario del mismo secretario Benegas. En: Acta de la Reunión celebrada el día 3 de mayo de 1977 por la Comisión Ejecutiva del PSE-PSOE, San Sebastián, Archivo Privado Maturana (APM).
- <sup>43</sup> En el conjunto de las tres provincias, el PSE recibió 267.897 votos, equivalentes al 26,54% de los sufragios, que le permitieron conquistar 7 escaños de los 21 disponibles. Para los socialistas, los resultados fueron halagüeños en las tres provincias: se alcanzó el 25,35% en Vizcaya, que supuso 3 escaños; en Guipúzcoa se consiguió un 28,13% y 3 escaños; en Álava el PSE obtuvo el 27,63%, conquistando un escaño.
- <sup>44</sup> MICCICHÉ, Andrea, *Euskadi Socialista*, ob. cit., p. 89.
- <sup>45</sup> El 17 de febrero de 1978, el socialista Ramón Rubial fue elegido Presidente del Consejo General Vasco (CGV), el órgano preautonómico que existió hasta las elecciones autonómicas de 1980. Los socialistas, además de la presidencia, obtuvieron 4 consejerías: Interior, a favor de Txiki Benegas; Cultura, para José Antonio Maturana; Justicia, para José Antonio Aguiriano, y Trabajo, para Juan Iglesias. El Partido Nacionalista Vasco obtuvo 5 carteras, la Unión de Centro Democrático consiguió 3, Euskadiko Ezkerra logró 1, y que fue para el independiente López de Juan Abad. En MICCICHÉ, Andrea, *Euskadi Socialista*, ob. cit., p. 130.
- <sup>46</sup> «La unidad de España es un valor fundamental», *El País*, 26 de febrero de 1978.
- <sup>47</sup> Líneas generales para el Estatuto de Autonomía de Euskadi. Congreso Extraordinario del PSE (PSOE), San Sebastián, 1978.
- <sup>48</sup> El 1 de marzo de 1979, en las tres provincias vascas el PSE consiguió solo 190.000 votos, el 19,1% de los sufragios, que supusieron 5 escaños. Los socialistas recogieron el 18,6% en Vizcaya (2 escaños), el 18% en Guipúzcoa (2 escaños) y el 21,4% en Álava (1 escaño). En las tres provincias, HB obtuvo 150.000 votos, con el 15% de los sufragios y 3 escaños; el PNV consiguió 7 escaños con el 27,6%. Los socialistas perdieron muchos votos en la casi totalidad de sus municipios baluartes. Véase MICCICHÉ, Andrea, *Euskadi Socialista*, ob. cit., pp. 208-210 y 297.
- <sup>49</sup> Acta de la reunión extraordinaria del Comité Nacional del PSE-PSOE, celebrada en Vitoria el día 7 de abril de 1979, APM.
- <sup>50</sup> «El PSOE ante el referéndum de Navarra», *Deia*, 7 de febrero de 1979.
- <sup>51</sup> «Benegas: ya no vale negociar con ETA», *El Diario Vasco*, 9 de febrero de 1979.
- <sup>52</sup> La relación entre socialistas e izquierda nacionalista fue siempre problemática. Sin embargo, en esta fase se había generalizado la convicción de que era posible una negociación que pusiese fin a la actividad violenta de ETA, normalizando la situación social y política vasca. Sobre esto, véase «El Gobierno de Madrid debe negociar con ETA», *El Socialista*, 28 de mayo de 1978.
- <sup>53</sup> Además, se atacaba el nacionalismo por el uso reiterado de la noción de pueblo vasco en detrimento de conceptos como «clases o estratos sociales». «Irracionalismo en la política Vasca», *El Diario Vasco*, 18 de febrero de 1979.
- <sup>54</sup> Memoria de Gestión presentada por el Comité Ejecutivo de Euskadi, Bilbao, 1979, APM.
- <sup>55</sup> «Síntesis del contenido de las más importantes ponencias del II Congreso», *El Correo Español*, 20 de noviembre de 1979.